

ROSA BELMONTE
EMILIA LANDALUCE

LA MALA VÍCTIMA


ESPASA

ROSA BELMONTE
EMILIA LANDALUCE
LA MALA VÍCTIMA

© Rosa Belmonte, 2023
© Emilia Landaluce, 2023
© Editorial Planeta, S.A., 2023
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.178-2023
ISBN: 978-84-670-6756-9

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Unigraf, S. L.
Impreso en España/*Printed in Spain*



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

La camioneta, una *pick-up*, traqueteó por la remolacha recién cosechada. Como siempre, esos días el campo olía a azúcar. El aire era dulzón, luminoso. A unos pocos kilómetros se veía el mar. Marín se ajustó las gafas de sol y se caló el sombrero de paja con la cinta roja de publicidad que le habían regalado meses antes en la feria. La cosechadora había dejado el terreno plano y las lumbares del agricultor vibraban con las pocas piedras que habían quedado en lo que antes era siembra.

Marín se irguió para rebajar un dolor que ya era familiar y que sabía que en unos días le bajaría por la pierna y le bloquearía las lumbares. Pero prefería no pensarlo. Tenía prisa. Había dejado los galgos en el cortijo, tras la loma, junto a la chumbera.

En Sanlúcar apretaba el calor y su mujer estaba harta de tropezarse con el cacharro del agua de los perros y de escuchar sus silencios. Los galgos, si no lloran —y lloran muy poco—, son silenciosos y delicados como una bailarina de *ballet* particularmente ligera.

La chumbera rodeaba el murete del cortijo y Marín dejó el coche a la sombra de los tres algarrobos que crecían en la esquina. Los perros oyeron su paso y corrieron hacia la puerta metálica pintada de verde. Impacientes, empezaron a rascarla con las patas finas y a emitir un lloriqueo manso pero nervioso. Marín abrió el candado de la cadena

y los perros salieron corriendo hacia donde la chumbera se enmarañaba con una higuera. Y de ahí no se movieron. Marín se extrañó. Eso no era lo habitual, así que caminó hacia donde los cuatro animales se agolpaban afanados en algo que él no podía ver. Gruñían, escarbaban, mordisqueaban. «Será un conejo muerto», pensó Marín. «¡Chispi!», gritó, llamando a la perra más vieja, que era la que mandaba en el resto. Pero Chispi le ignoró y siguió empeñada en olisquear y escarbar. Marín se quejó. La ciática le punzó las lumbares. Demasiadas horas en el tractor y en la *pick-up*, que tenía la suspensión durísima.

Como no pudo agacharse para ver en lo que andaban enredados los perros, se tiró al suelo a cuatro patas para evitar los pinchos de la chumbera. Necesitaba saber qué era lo que había vuelto locos a sus galgos y por qué Chispi había dejado de obedecer su voz. Y lo que vio fue el cuerpo moreno de una mujer. El rostro evidenciaba la muerte. De mortaja, un vestido ligero, estampado y claro que dejaba ver la sangre entre las piernas. Parecía una chica joven, muy guapa, pese al rictus crispado que siempre deja la muerte. Aunque fuera en una cara tan armónica como la que debió de ser la de aquella mujer.

Marín no pudo evitar escandalizarse cuando vio que Chispi olisqueaba y chupaba las piernas de la chica con la misma delectación que mordería una liebre. Horrificado, a punto de vomitar bilis, les tiró una piedra y los cuatro perros se apartaron de la chica con un aullido apenas perceptible. Entonces marcó el 112, como explican en la tele.

Les dijo que estaba en la carretera de El Puerto a Sanlúcar y que había encontrado a una chavala joven muerta. Que llevaba una cadena de oro y tenía los anillos puestos. Que vinieran rápido porque tenía miedo de que la muerte le tocara también a él.

La conversación con la operadora apenas duró cinco minutos, los suficientes para que los perros tuvieran tiempo de volver a arremolinarse sobre el cadáver y empezaran a morderlo hasta desgarrarle la piel. Marín se desesperó y trató de apartar a los galgos de nuevo. Sin embargo, su nerviosismo azuzó a los animales, confundidos y excitados por los gritos de su amo. Por fin consiguió alejarlos. Cuando lo hizo, el cuerpo de la chica se movió. Las piernas ahora entreabiertas dejaron intuir un reguero de sangre parduzca ya reseca.

Marín volvió a encerrar a los perros en el cortijo. No los quería llevar a su casa después de que hubiesen mordido la carne de la muerta. Las manos todavía le temblaban mientras llenaba con la manguera amarilla un cubo de agua; también les echó pienso en el suelo. De repente, hasta el jadeo de Chispi le olía a cadáver. Por lo menos la chica tenía los párpados cerrados. Lo otro hubiera sido insoportable.

2

La luz del halógeno hacía triste la redacción de *El Matinal*, uno de los principales periódicos de España. Era de noche y el sol, que iluminaba las hileras de cubículos hasta las ocho y cuarto de la tarde, ya había cedido ante ese blanco frío y artificial de las barras. El tecleo acompañaba el murmullo de las televisiones y de las conversaciones, cada vez más breves y lacónicas. Era agosto. La gente quería irse a casa y olvidarse un rato de lo que había escrito que pasaría al día siguiente. Pero eso era el periódico.

Socorro tampoco tenía, ella lo hubiera dicho así, el coño para ruidos. Estaba deseando que acabara ese viernes 2 de agosto, el día que más odiaba del año. O del verano. Porque Socorro también odiaba el día de Navidad, el Viernes Santo y el 12 de octubre. No, no le gustaban las fiestas de guardar, ni los puentes de tres días y, por eso, tampoco le importaba trabajar cuando nadie quería hacerlo. Así se libraba de ir a la casa, que no era la suya sino de su madre, que a veces tampoco le parecía que lo fuese.

Pero esa noche, su madre, como casi siempre, no estaba en Madrid. No le daría el coñazo por sus pintas, el corte de pelo o con que estaba demasiado delgada. Tampoco le preguntaría si, al fin, se había echado novio o si había salido últimamente a tomar algo con alguien. Esas eran las cosas de su madre a la que, estaba segura, le hubiera gustado otro tipo de hija, pero que adoraba a la que tenía. O quizás

solo se conformaba. Y a ella quizás le hubiera venido mejor una madre menos acomodaticia, menos digna, más rebelde, menos leal. Pero también reconocía que gracias a ella había logrado cubrir los sucesos para *El Matinal*, una de las metas que se había marcado como periodista. Pocos —y ese era el caso de Socorro— podían presumir de hacer lo que les gustaba y, además, de ganarse razonablemente bien la vida con ello. Su madre no estaba en Madrid. Tampoco en Terrinches, el pueblecito manchego en el que nació. Estaba en El Puerto de Santa María.

Nadie en la redacción se explicaba qué hacía Socorro en el periódico a la hora del cierre. No era lo habitual. Ella solía trabajar desde donde la hubieran mandado como enviada especial o en casa con el ordenador ardiéndole sobre las piernas desnudas. Pero este verano no había habido ningún asesinato ni ninguna violación que no pudieran contarse en un breve en Local para que ella hubiera cogido su portátil, desaparecer de Madrid y participar de ese teatrillo en el que se convierte la localidad en la que se produce un crimen mediático. «Hacer un muerto», como se decía en esas redacciones de los noventa que Socorro nunca había conocido y en las que los periodistas fumaban sin parar, jugaban al póker en los cierres y guardaban la botella de whisky en un cajón. A cambio, le habían encalorado editar la crónica de la obra de teatro que las hermanas Lequerica organizaban cada año en su casa de El Buzo —en realidad, Vistahermosa—, la urbanización en El Puerto de Santa María que tan bien conocía Socorro porque era donde pasaban el verano las dos hermanas accionistas del periódico. Y donde había transcurrido buena parte de su infancia con su madre.

La crisis que ha devastado la prensa y la indirecta de su jefe, que se había despachado con un «No tienes nada, ¿no?», habían quitado a Socorro las ganas de mostrar galo-

nes esa noche o creerse esa estrella del periodismo que decían sus colegas que era. A ella no le importaba editar esa crónica. O eso decía, aunque sabía que detrás de cada nombre en negrita —los invitados de las hermanas Lequerica— estaría Antonia, su madre, con sus croquetas de jamón o untando mantequilla en las tostaditas para el caviar. O doblando las servilletas y planchando el mantel de hilo con las iniciales de las hermanas bordadas que siempre ponían en la mesa grande del porche.

La obra de teatro de las Lequerica marcaba el ecuador del verano en ese eje que forman Sotogrande, El Puerto, Sanlúcar y Marbella. Este año había sido *Carmelo*, de Juan José Alonso Millán, y Socorro lo sabía porque se lo había contado su madre. Que doña Pila llevaba ensayando desde el principio del verano con los señores y las señoras. Alguno —«los de Sotogrande»— incluso lo había hecho por internet, le había explicado su madre con esa tranquilidad que a Socorro le llegaba a crispar.

María Casares, la redactora joven que habían mandado a El Puerto a cubrir la llegada de los invitados a la casa, se retrasaba con la crónica que debía enviar para el periódico del día siguiente. La obra había empezado a las ocho, pero ya habían salido algunos artículos en *El Diario de Cádiz*, que no tenía acceso a la residencia. Así que solo mencionaba a los invitados que habían sido fotografiados a su llegada, en la puerta. Había ido el presidente de Ceusa, la constructora más importante de España; algunos duques y sus hijos cuentistas con *startups* de éxito efímero y piramidal. Una catalana riquísima casada con un conocido nacionalista que se había comprado una finca en Facinas. Los alcaldes de Cádiz, El Puerto, Sanlúcar y Jerez. El de Rota no había podido asistir porque coincidía con la feria de la Urta, que era la festividad más popular de la localidad. No faltaban los Domecq, los Bohórquez, los González y

todos esos apellidos de siempre. También estaban los directores de las sucursales de los bancos. El dueño de los autobuses. Y los hoteleros y las marquesas viudas con las que las hermanas jugaban al cróquet en el club... Y, por supuesto, estaban los dos decoradores franceses que se habían comprado una casa en Vistahermosa durante el confinamiento de 2020. Y una conocida bailaora de flamenco que acababa de montar su propia compañía. Las Lequerica la conocían desde niña porque su madre había dado a Pila algunas clases de bulerías a las que había sacado mucho partido en el Rocío.

Y estaba Luis Gordon, que embotellaba un palo cortado muy de moda entre entendidos y comilones. Milésima, se llamaba su bodega, que también hacía otros finos. En las imágenes que había enviado el fotógrafo que siempre iba a la casa de las Lequerica —un *freelance* veterano que solo trabajaba ese día, aunque no lo cobrase— se podía ver a todos los invitados. Algunos estaban caracterizados de los personajes de *Carmelo*. Doña Pila se había puesto de luto y por primera vez dejaba ver un pelo canoso. Una peluca, pues la menor de las hermanas iba cada quince días a la peluquería y lucía uno de esos rubios propios de las señoras andaluzas que, al final —y esta es una frase de Pincho, que hacía años se había resignado a las canas—, todas, sin excepción, acababan teniendo el pelo igual que Lauren Postigo.

En primera fila del posado en grupo, con una chaqueta de esmoquin blanco, don Ignacio Lequerica, hermanastro de Pincho y Pila y presidente de Editasa, matriz de *El Matinal*. A su lado, su mujer Lilian Mata, con un traje de lentejuelas. Los dos tomaban una copa de fino con Pincho, que les hablaba con uno de sus clásicos cigarrillos finos entre los dedos. Ella siempre vestía en tonos oscuros —negro, gris, azul marino— o de blanco. Y no porque su marido hubiera

muerto cuando ella tenía veintiséis años, hace casi cincuenta, sino porque le parecía que le hacía más delgada y era más elegante. Su hermana Pila siempre se reía de su empeño por vestirse así. «Hija, qué tristeza. Pareces una viuda bosnia. ¿Por qué no te pones algo rosa? ¿O naranja? Tengo una blusa estampada, como india, que seguro que te queda fenomenal».

Arianne Huppert, la segunda mujer de don Ignacio Lequerica y madre de Ignacio, se debía de haber quedado en la casa de Sotogrande porque no aparecía en ninguna foto. Era lo habitual. Las Lequerica y Arianne Huppert habían llegado a un pacto de no convivencia desde la muerte de don Ignacio Lequerica Soto hacía veinte años. Ellas no tragaban que su padre les hubiera presentado a una madrastra embarazada a punto de parir, cuatro meses después de la muerte de su madre. Y, por su parte, Arianne tampoco era capaz de olvidar lo mal que se lo habían hecho pasar ellas en los primeros años de matrimonio por sus continuos reproches a Ignacio. Pero el aldabonazo final fue que Sonsoles Fernández de Córdoba, la madre de las hermanas Lequerica, había vedado el patrimonio de su familia —una rama riquísima de los Fernández de Córdoba— a su marido, por lo que Pincho y Pila habían accedido a muchísimo dinero desde muy jóvenes. Por eso Arianne convenció a su marido de beneficiar a su hijo, Ignacio, en el testamento y reducir al mínimo la participación de las hermanas en Editasa. Pero la prensa ya no funcionaba tan bien como en tiempos de su padre y era un negocio cada vez más en crisis. Y aún no se había encontrado una fórmula para salir. Muchas veces, Ignacio se había lamentado de no haber podido tirar de otros recursos para no tener que vender parte de la empresa a Timanfaya, que editaba periódicos regionales.

El fotógrafo había mandado muchas fotos de los invitados repetidas porque quería que el editor gráfico eligiera

la perspectiva más conveniente. En una de las imágenes, de fondo, Socorro pudo distinguir la figura de su madre, difuminada, encorvada por el peso de una bandeja en la que había una cubitera para enfriar la botella. A ver si le iba a volver a dar lumbago como la pasada Navidad.

Ya eran las diez de la noche, pero la crónica de la niña María Casares no había llegado. Tampoco le hubiera hecho falta leerla. Sabía lo que pondría cada párrafo. A qué obra de caridad —las Lequerica nunca dirían oenegé— habría ido la recaudación de la entrada, la ovación del público, el ramo de flores para Pila, que «seguía tan guapa como siempre», o alguna fórmula similar que hiciera hincapié en que la menor de las hermanas había sido entre 1960 y 1990 la mujer más guapa y proverbialmente disfrutona de España. Putilla, vaya, solía decir Socorro antes de que su madre le diese un pescozón por ser irrespetuosa con su «señora».

Ella no veía a las Lequerica con el mismo cariño y la lealtad que les profesaba su madre. Socorro siempre se había sentido fuera de lugar en la casa de El Puerto. Estaba harta de escuchar que Antonia era como de la familia... Sin embargo, percibía la distancia abismal que había entre ellas. Antonia les hablaba de usted, y una hermana, alguien que es familia —o una amiga—, nunca se dirigiría así a su igual. Antonia era su empleada, pero, al mismo tiempo, también era la custodia de sus secretos más íntimos. Desde la ropa interior que usaban, hasta ciertos estragos de la edad. Y asimismo de sus desvelos y miserias familiares.

Pese a ello, Pincho y Pila apenas aparentaban saber algo de Antonia y su hija. O eso suponía Socorro, porque nunca se le había ocurrido hablar del tema con su madre. Al final, era difícil mantener el equilibrio entre alguien que podía acceder a todos los detalles de la intimidad de una persona y, al mismo tiempo, seguir respetándola como jefa. Ella

pensaba que las conocía demasiado de cerca. O, mejor dicho —porque a ella así le gustaba recalcarlo—, conocía a las Lequerica desde abajo. Como inferior, que era como se sentía. Y eso era incómodo. Al menos, para Socorro, que cuando entró a hacer prácticas en *El Matinal* decidió visitar lo menos posible a su madre para eludir el contacto con las señoras.

Ella no se atrevía a admitírselo, pero no podía evitar menospreciarse por ser la hija de una sirvienta, aunque ellas reconocieran que Antonia era mucho más que eso. Era el pilar de la vida de las Lequerica. Sabían que podían despreocuparse y que todo estaría siempre perfecto y como les gustaba donde quisiera que estuvieran. En el campo, en Madrid o en El Puerto. A Socorro le enfadaba la lealtad de su madre a las hermanas que, seguramente, no le sería correspondida. ¿Cómo podía estar Antonia tan segura de que no la pondrían de patitas en la calle si encontraban a otra? Socorro había salido hosca y desconfiada, como su padre, comunista al que también había incomodado el servilismo de su mujer, aunque no el sueldo que recibía.

Socorro seguía alternando la lectura/vigilancia de las actualizaciones de las webs de distintos medios y los teletipos con la navegación obsesiva en las páginas de prensa deportiva. Ella era fanática del Real Madrid y respetaba a Florentino Pérez casi tanto como a su madre. ¿A quién ficharía ese verano? ¿Habría una sorpresa final antes del cierre del mercado para contratar nuevos jugadores?

La crónica de María Casares seguía sin llegar. En cuanto la joven volviera de El Puerto, Socorro se prometió que le recordaría la importancia de mandar las piezas en hora. Cada retraso sobre el cierre eran unos euros que, en estos tiempos, sonaban a despilfarro innecesario. Cuanto antes espabilase la niña y menos errores cometiera, menos posibilidades tendrían de que la echaran. Decidió hacer tiempo

y salir a fumar a la entrada del periódico. Desde hacía ya muchos años había cambiado las cajetillas por el tabaco de liar y siempre que podía se hacía cigarrillos para cuando le atosigaran las ganas. Y la espera de la crónica había sido fructífera. Se había liado casi diez cigarrillos. Incluso podría ofrecer si se encontraba con alguien. La mayoría la veía como alguien extraña, retraída. Obsesionada por lo profesional, pero, al contrario que otras, buena compañera y generosa, aunque algo suya.